

VILLIERS  
DE L'ISLE ADAM

LA EVA FUTURA



Aquel «gentilhombre solitario» que fue el conde Villiers de l'Isle-Adam, no fue muy apreciado por sus contemporáneos. Por lo menos, nunca tan apreciado como merecía. Solamente algunos ilustres amigos —entre ellos, Baudelaire y Mallarmé— comprendieron y admiraron el preclaro talento del autor de *La Eva futura*. Villiers fue un hombre genial, hidalgo desdichado, un rebelde contra su tiempo. El vuelo de su fantasía sobrepujaba los límites cronológicos y las ideas predominantes de su era. Poeta, aun en sus más narrativas creaciones, tocaba con esa mágica virtud de la inspiración virtud de la inspiración cuando trabajo emprendía.

Esta novela, una de las creaciones literarias más importantes y extraordinarias del siglo XIX, unas de las obras fundadoras de la ciencia ficción, es una mezcla de fantasía, realidad y anticipación temporal; una mezcla también de pintoresca admiración y profundo desprecio por el progreso.

«La Naturaleza cambia, pero no la Andreida. Nosotros vivimos, morimos y ¿quién sabe...? La Andreida no conoce la vida, ni la enfermedad, ni la muerte. Está por encima de todas las imperfecciones, de todas las servidumbres y conserva la belleza del ensueño (...). Su corazón no puede cambiar porque carece de él. Vuestro deber será destruirlo antes de morir. Un cartucho de nitroglicerina o de panclastita bastará para reducirla a polvo y deshacer su forma en el viento del caduco espacio». Con estas palabras T. A. Edison, el brujo de Menlo Park, anuncia a los hombres la creación de Hadalay, la mujer ideal, y les invita a desechar para siempre la embustera y voluble realidad de la Eva de la leyenda judeocristiana, para sustituirla desde ahora por una fiel ilusión: *La Eva futura*, que inmortaliza en su propia esencia las primeras horas del Amor.

## Libro primero

# Edison

## I

## Menlo Park

*Parecía el jardín una bella hembra tendida, que dormitara voluptuosamente, cerrados los párpados a los cielos abiertos. Las praderas del azul celeste se hermanaban en un círculo amojonado por las flores de luz. Los iris y las gemas de rocío pendientes de las hojas cerúleas, eran estrellas pestañeantes que abrasaban el ámbito nocturno.*

GILES FLETCHER

**A**veinticinco leguas de Nueva-York, en el núcleo de un haz de hilos eléctricos, surge una casa envuelta por meditados jardines solitarios. Mira la fachada, la uniformidad del césped, rota por las avenidas enarenadas que llevan a un pabellón aislado. Es el número 1 de Menlo-Park. Allí vive Tomás Alva Edison, el hombre que ha hecho cautivo al eco.

Tiene éste unos cuarenta y dos años. Su fisonomía recordaba, hace poco aún, la de un francés ilustre: Gustavo Doré. Era el rostro del artista *traducido* en un rostro de sabio. ¡Aptitudes análogas, aplicaciones diferentes! ¿A qué edad se parecieron del todo? Quizás nunca. Las fotografías de ambos, fundidas en el estereoscopio, despiertan la impresión de que ciertas efigies de razas superiores no se realizan más que en cierto cuño de fisonomías perdidas en la Humanidad.

Confrontado con las viejas estampas, el rostro de Edison ofrece la viva reproducción de la siracusana medalla de

Arquímedes. A las cinco de una tarde de estos últimos otoños, el maravilloso inventor, el mago del oído, (casi sordo, como un Beethoven de la ciencia, que ha sabido crearse el minúsculo instrumento que, no sólo acaba con la sordera, sino que desnuda y agudiza el sentido auditivo), el gran Edison estaba solo en lo hondo de su laboratorio personal, allí, en el pabellón arrancado del castillo.

Aquella tarde el ingeniero había licenciado a sus cinco acólitos, a sus jefes de taller, obreros fieles, eruditos y hábiles, a quienes paga en príncipe su ayuda y su silencio. Solo, de codos en su sillón americano, el habano en los labios — él, que no es fumador— (el tabaco trueca los proyectos viriles en ensueño), la mirada fija y distraída, las piernas cruzadas y envueltas por la bata legendaria de raso negro y bellotas moradas parecía abismado en una intensa meditación. A su derecha, un rasgado ventanal, abierto al Poniente, ventilaba el vasto *pandemónium*, dejando que todo lo invadiera una niebla de oro cárdeno.

Allí se esbozaban, agobiando las mesas entrañas de instrumentos de precisión, engranajes de mecanismos desconocidos, de aparatos eléctricos de telescopios, de reflectores, juntos con los grandes imanes, los matraces tubulares, los frascos preñados de sustancias enigmáticas y las pizarras blancas de ecuaciones. Desde el horizonte, el poniente, perforando con sus fulgurantes besos de adiós las lejanías de follaje de las colinas de Nueva Jersey, llenas de abetos y de áceres, iluminaba la estancia con un rayo o una mancha de púrpura. Sangraban entonces, por todas partes, las aristas metálicas, las facetas de los cristales las turgencias de las pilas.

El viento refrescaba. La tormenta había humedecido la hierba del parque y bañado las gruesas y fragantes flores de Asia, abiertas bajo las ventanas, en sus cajas verdes. Las plantas sedientas, colgadas en sus tablas, exhalaban algo así como el recuerdo de su olorosa vida anterior en las selvas. Bajo el influjo sutil de aquella atmósfera, el pensamien-

to siempre fuerte y vivaz del soñador, se distendía, dejándose seducir insensiblemente por los atractivos de la divagación y del crepúsculo.

## II

## Phonograph's Papa

«¡Es él...! —dije abriendo los ojos a la oscuridad—: ¡Es el hombre de la arena!...».

HOFFMAN. CUENTOS NOCTURNOS.

**A**unque su cabeza, de sienes plateadas, recuerda al niño eterno, Edison es un caminante de la escuela escéptica. «Yo invento, dice, como el trigo crece». Frío, recordando sus amargos comienzos, tiene la estimable sonrisa que por su sola aparición dice al prójimo: «Llega a ser: yo ya soy». Positivo, no estima las teorías especiosas más que encarnadas en el hecho. *Humanitario*, se enorgullece más de sus trabajos que de su genio. Sagaz, cuando se compara desespera de ser incauto. Por fatuidad legítima, su manía favorita es la de creerse UN IGNORANTE.

De ahí proviene su simplicidad en la acogida, su franqueza ruda, a veces de apariencia familiar; velos que ocultan el hilo del pensamiento. El hombre de genio indudable, que tuvo la honra de ser pobre, evalúa con una ojeada a quien le habla. Sabe aquilatar los motivos secretos de la admiración, precisar su probidad y su estirpe y determinar el grado sincero hasta aproximaciones infinitesimales, y todo ello sin la remota sospecha del interlocutor.

Probado su enrevesado sentido común, el gran electricista se toma el derecho de bromear, aún consigo, en sus meditaciones privadas. Como se aguza un cuchillo en la piedra, afila su espíritu científico en los duros sarcasmos

que hacen llover chispas sobre sus propios descubrimientos. Finge tirar sobre sus tropas, mas si lo hace es con pólvora y para hacerlas más aguerridas.

Víctima voluntaria de los encantos de la tarde insinuante, Edison saboreaba apaciblemente el humo exquisito de su habano, sin hurtarse a la poesía de la hora y de la soledad, esa adorada soledad que sólo más si lo hace es con pólvora y para hacerlas más temen los tontos.

Como simple mortal, en su vacación, se abandonaba a toda clase de reflexiones fantásticas y extrañas.



## III

## Las lamentaciones de Edison

«Toda tristeza es una mengua de sí mismo».

SPINOZA.

**Y** muy bajito hablaba consigo.

—¡Qué tarde llego a la Humanidad! —murmuró—. ¿Por qué no fui de los primogénitos? ¡Cuántas palabras estarían hoy incrustadas en las hojas de mi cilindro, ya que su *prodigioso perfeccionamiento permite recoger desde ahora las ondas sonoras a distancia!*... Y todas esas palabras estarían hoy registradas con el tono, el timbre, el acento y los vicios de pronunciación de sus enunciadores.

—Sin pretender el cliché galvanoplástico del «*Fiat lux*», exclamación proferida hace setenta y dos siglos (que a título de precedente inmemorial, hubiera escapado a la fonografía), quizá me hubiera sido posible, después de la muerte de Lilith o durante la viudez de Adán, sorprender e impresionar tras un seto del Edén, el sublime soliloquio: «*¡No está bien que el hombre esté solo!*» —después el «*Eritis sicut dii*», el «*Creced y multiplicaos*» y la sombría chirigota de Elohim: «*He aquí a Adán como uno de nosotros*». Cuando el secreto de mi placa vibrante se hubiera extendido, ¿no hubiera sido grato para mis sucesores reproducir en el apogeo del paganismo: «*A las más bella...*» el «*Quos ego*», los oráculos de *Dodoma*, las *Melopeas de las Sibilas*? Todos los dichos importantes del Hombre y de los Dioses, a través de las Edades, hubieran sido grabados de manera indele-

ble en archivos de cobre, y la duda no hubiera podido nunca cernirse sobre su autenticidad.

Entre los ruidos del pasado ¿cuántos sonidos misteriosos han sido percibidos por nuestros antecesores y, por falta de un aparato conveniente para fijarlos han caído en la nada para siempre? ¿Quién podrá hoy formarse exacta noción del *Sonido de las trompetas de Jericó*, del *Grito del toro de Falaris*, de la *Risa de los Augures*, del *Suspiro de Memmón a la Aurora*? ¡Voces muertas, sonidos perdidos, ruidos olvidados, vibraciones en marcha hacia el abismo, hoy muy distantes para ser recogidas!... ¿Qué flecha alcanzaría tales aves?

Edison tocó indolentemente un botón de porcelana en el muro cercano. Brotó de una pila farádica, una deslumbradora chispa azul capaz de electrocutar a un centenar de elefantes, y atravesando un bloque de cristal se fugó en una cienmilésima de segundo.

El gran mecánico, en su abandono, continuó:

—Sí; yo poseo esta chispa que es, respecto al sonido, lo que la liebre cilla al quelonio, puede dar un adelanto de cincuenta siglos a las antiguas vibraciones de la tierra... Pero ¿dónde está el hilo conductor? ¿Dónde las huellas que permitan encontrarlas? ¿Cómo volverlas a traer y repatriarlas cuando estén alcanzadas? ¿Quién ha de devolverlas al tímpano de su cazador? El problema, esta vez, parece insoluble.

Edison sacudió melancólicamente con el dedo la ceniza del cigarro; tras un silencio se levantó, sin perder la sonrisa, y empezó sus cien pasos en el laboratorio.

—¡Pensar que después de cien mil y tantos años de omisión tan perjudicial como la de mi fonógrafo, sólo los aspavientos emanados de la indiferencia humana han saludado mi primer ensayo! «Juguete de niño» —gruñó la multitud. Yo sé que abordada está de improviso, algunos retruécanos le dan el desahogo indispensable y el tiempo necesario para reponerse... Mas yo, en su lugar, me hubiera

esforzado en componer algo de mejor ley que los groseros chistes que no han reparado en hacer.

—Yo hubiera censurado, por ejemplo, la impotencia del fonógrafo para reproducir los rumores como tales, el *rumor* que corre, los silencios elocuentes, etc. Y respecto de la voz, ¿quién puede impresionar la voz de la conciencia? ¿Y la voz de la sangre? ¿Y las maravillosas palabras que se atribuyen a los grandes hombres? ¿Y el canto del cisne? Mas ¡ay!, voy demasiado lejos. Para satisfacer a mis semejantes comprendo la necesidad de inventar un instrumento que repita lo que aún no se ha dicho, o que responda al experimentador que apunte: «Buenos días», «Hola ¿cómo está usted?», o que diga: «Jesús» al espectador que estornuda.

Los hombres son estupendos.

Concedo que la voz de mis primeros fonógrafos era la de la conciencia hablando con el falsete de Polichinela, mas se debió esperar, antes de pronunciarse tan aventuradamente, a que el progreso hubiera logrado hacer en tal problema el equivalente de lo que son las pruebas fotocrómicas o heliotípicas actuales, respecto de las primeras placas de Nicéforo Niepce o de Daguerre.

Y, puesto que la manía de la duda es incurable, yo guardaré secreto —hasta nueva orden— del sorprendente y absoluto perfeccionamiento que he descubierto, y que está aquí, bajo la tierra, —añadió Edison golpeando ligeramente con el pie—. Así podré, con un ingreso de cinco o seis millones, deshacerme de todos mis fonógrafos viejos y, puesto que se quiere reír, yo reiré el último.

Se detuvo, meditó algunos segundos y dijo alzando los hombros:

—Siempre se encuentra algo bueno en la locura humana. Dejemos las ironías vanas...

De pronto un rumor claro, la voz de una mujer que hablara bajo, murmuró a su lado:

—¿Edison?

## IV

## Sowana

*¿Cómo extrañarse de algo?*

LOS ESTOICOS.

**S**in embargo, no había allí ni una sombra.

Se estremeció.

—¿Es usted Sowana? —preguntó en voz alta.

—Sí. Esta noche tenía sed del sueño deleitoso. He tomado el anillo y lo luzco en mi dedo. No es menester que elevéis la voz; estoy muy cerca de usted y desde hace unos minutos os oigo jugar con las palabras como un niño.

—¿Y, *físicamente*, dónde estáis?

—Tendida sobre las pieles, en el subterráneo, tras el arbusto de los pájaros. Hadaly parece dormitar. Le he dado las pastillas y el agua pura y parece haberse... reanimado.

La voz —riente al decir la última palabra— de aquel ser que el inventor llamaba Sowana, musitaba discreta y tenue, desde una de las páteras de las cortinas violáceas. Era una placa sonora, que temblaba bajo el cuchicheo lejano que la electricidad traía; uno de esos condensadores recién nacidos, que transmiten distintamente la articulación de las sílabas y el timbre de la voz.

—Decidme, señora Anderson, —dijo Edison pensativo—, ¿podrías oír cuanto me dijera aquí otra persona?

—Sí; si lo repitiera usted al punto, la diferencia de entonación en las respuestas me haría comprender el diálogo.

Soy como uno de los genios del anillo de las *Mil y una noches*:

—Si os rogara que unierais el hilo telefónico con el cual nos hablamos a *la persona* amiga nuestra, ¿se produciría el milagro en cuestión?

—Sin duda. Es algo prodigioso, como idealización e ingenio, pero, así realizado, resulta muy natural: dado el estado mixto y maravilloso en que me encuentro, gracias al fluido vivo acumulado en el anillo, no me hace falta teléfono alguno para oírlos. Por el contrario, para oírme necesitáis que la bocina de un teléfono corresponda con una lámina sonora...

—Decidme, señora Anderson.

—Dadme mi nombre de durmiente. Aquí ya no soy tan sólo yo misma. Aquí olvido y dejo de sufrir. El otro nombre me recuerda demasiado la tierra horrible a que pertenezco.

—Sowana, ¿estáis absolutamente segura de Hadaly?

—La habéis educado tan bien y la he estudiado tanto que respondo de ella como de mi imagen delante de un espejo. Prefiero vivir en esa niña vibrante más que en mí misma. ¡Sublime criatura! Es la hija del estado superior en que me hallo; está imbuida por nuestras dos voluntades hermanadas en ella: es una dualidad. Ya no es una conciencia: es un espíritu. Me siento muy turbada cuando me dice: «Soy una sombra». Entonces tengo el presentimiento de que va a encarnar... El ingeniero tuvo un leve movimiento de sorpresa pensativa y respondió a media voz:

—Está bien, Sowana. Descansad. ¡Ay, sería necesario un tercer ser viviente para que la Gran Obra se ultimara! ¿Y quién se juzgaría digno de ella en este mundo?

La voz murmuró con el acento de una persona adormecida:

—Esta noche estaré dispuesta. Con una sola chispa aparecerá Hadaly.

Un momento de acongojado silencio reinó después de aquella extraña e incomparable conversación.

—El hábito, la convivencia con fenómenos semejantes no preservan de que se sienta el vértigo... —dijo Edison—. En vez de profundizar es preferible volver a pensar en las palabras *inauditas*, de las cuales la humanidad no podrá contrastar nunca el acento por no haber inventado el fonógrafo antes que yo.

¿Qué sentido tenía la volubilidad de espíritu del gran ingeniero al tratar del singular secreto? Los hombres de genio son así, a veces se sospecha que pretendan aturdirse a sí mismos en el torbellino de su pensamiento: sólo cuando éste se manifiesta en una súbita llamarada, quedan descubiertos los motivos que tuvieran para *fingirse* distraídos, aun en el seno de la soledad.

## V

## Resumen del soliloquio

«Te extinguirás, voz siniestra de los muertos».

LECONTE DE LISLE.

Dijo:

En el Mundo místico es donde las ocasiones perdidas parecen irreparables. ¡Oh, las vibraciones primeras de la Anunciación, el timbre arcangélico de la Salutación, diluido por los siglos en los Ángelus; el Sermón de la Montaña; el *Salem, Rabboni* del Huerto de los Olivos, con el chasquido del beso de Judas Iscariote; el *Ecce Homo* del trágico perfecto; el interrogatorio en casa del Gran Sacerdote!... ¡Oh, todo aquel proceso, hoy tan concienzudamente revisado por el sutil jurisconsulto Dupin, presidente de la Asamblea Francesa, que en un libro tan documentado como oportuno recoge sabiamente, desde el estricto punto de vista del Derecho de aquella época, cada vicio de procedimiento, infracciones, omisiones, *quid pro quo* e incumplimientos, de los cuales se hicieron jurídicamente responsables Poncio Pilatos, Caifás y el airado Herodes Antipas, en el curso de aquel sumario!

Sin hablar, meditó unos instantes y Luego continuó.

—Observemos que el Verbo Divino ha concedido poca importancia a los aspectos exteriores y sensibles de la palabra. Escribió una vez tan sólo, y lo hizo en la arena. No debió estimar en la vibración del vocablo más que aquel inaprehensible *más allá*, cuyo magnetismo derivado de la Fe